

po y á utilizar, como último recurso, al agente de que le había hablado la portera, temeroso de comprometer sus designios si se dirigía á él desde luego, creyéndole á la devoción de Roland. Llamó, por lo tanto, primero á otras puertas, y al cabo de cinco horas de investigaciones, sabía las señas personales, las cualidades y la filiación del nuevo prefecto de Bourges, que había obtenido, como privilegio especial, autorización para unir á su nombre el de Serigné.

A las siete y media Pedro de Meillant abandonaba á París por el camino de hierro de Lyon, satisfecho de su estancia en la gran capital y de los datos obtenidos, conformes con los de la desventurada Luisa Souvray.

XXI

Segunda estación.

El cura de Chapelle-aux-Ifs volvía á su casa á las once de la mañana, después de recorrer la gran campiña, en la que se habían ya borrado las huellas sangrientas de la guerra.

Al poco rato un coche se detuvo á la puerta, y de él bajó un joven desconocido, de buen porte y distinguidas maneras. Era el conde Pedro de Meillant, como habrá reconocido el lector.

Al ver al joven, el cura le invitó á entrar saludándole afectuosamente, pero el recién venido dijo, señalando un banco á la sombra de un copudo árbol:

—No quisiera obligaros á dejar un sol tan hermoso, si os parece nos quedaremos aquí. Y sin más preámbulos, abordó el objeto de su visita.

—¿Habeis tenido aquí á los alemanes en el último invierno, señor cura?

—Sí—dijo suspirando el anciano—y nos causaron mucho daño.

—¿No se dió una acción en el mismo pueblo?

—Efectivamente, una noche.

—Precisamente vengo á pedir os algunas noticias sobre aquel hecho.

—Si puedo facilitároslas...

—No será difícil. Cuando se dió la acción había aquí una ambulancia de la Cruz Roja.

—Sí, señor,—dijo el sacerdote, señalando hacia una pequeña granja, cuya techumbre recién colocada despedía los reflejos del sol, allí.

—¿Sabeis quien asistía á los heridos en aquella ambulancia?

—No puedo asegurarlo. Había un joven médico, cuyo nombre ignoro, á quien ayudaban algunos soldados; después vinieron dos jóvenes, enviadas desde Ornans, sino me equivoco.

—¿Eran parecidas aquellas jóvenes?

—Mucho, parecían dos gemelas.

—¿Sabeis sus nombres?

—No los oí nunca.

El viajero hizo un gesto de contrariedad.

—El motivo que me impulsa á informarme de vos es muy grave. ¿Era realmente exacto el parecido entre las jóvenes?

—Casi perfecto. No las ví más que un instante, y me hubiera sido imposible distinguir las después. No ignoraréis, seguramente, que una de ellas murió aquella misma noche, herida por los proyectiles alemanes.

—Lo sé. ¿Visteis á la muerta?

—Y á su hermana; quiero decir, á la otra. Puesto que venís desde lejos, por causa de ellas, á lo que creo...

—Efectivamente.

—¿Tal vez desde París?

—Justo.

—Puedo enseñaros el sitio donde ocurrió la desgracia.

El sacerdote interrumpió el curso de la conversación para preguntar al joven:

—¿Venís de Besanzón?

—Salí de allí esta mañana.

—El camino es largo... y seguramente no habréis almorzado. ¿Me permitís que os ofrezca hospitalidad?

—La aceptaré muy agradecido, señor cura.

El viejo llamó á su criada, una vieja delgada, diciéndole:

—El señor me dispensa la honra de almorzar conmigo.

Después cogió el bastón y el sombrero; mandó al cochero que desenganchara y entrase los caballos al patio, y se dirigió con su huésped hacia la granja, donde el cura y su acompañante fueron recibidos afectuosamente.

El sacerdote mostró al conde de Meillant los sitios en donde ocurrieron los principa-

les episodios de aquella tragedia, y le refirió su llegada cuando todos habían huido, encontrando á una de las dos jóvenes arrojada ante el cadáver de la otra; la resistencia de la superviviente á retirarse, hasta que los enemigos la obligaron, y el encargo que le hizo de dar sepultura á su compañera, después de decir con una expresión que el sacerdote no olvidaba nunca: «¿Por qué no he sido yo la muerta?»

—Entre los heridos que cayeron en manos de los alemanes—prosiguió el cura,—había un oficial...

—El marqués de Lignéres,—dijo el joven.

—¿Le conocíais?

—Es pariente mio...

—Pues bien, antes de ser trasladado, no sé si á Metz, me preguntó el nombre de las jóvenes, que, según os he dicho, yo no conocía. Me dijo, que sentía gran admiración por ellas, sobre todo por la superviviente, á la que hubiera querido volver á ver.

El anciano habló algunos instantes con la mujer que habitaba en la granja, y llevando hacia afuera á su acompañante, le dijo:

—Habeis visto la casa en que murió: vais ahora á ver su sepulcro.

Al pié de los muros de la iglesia, en un ángulo, detúvose el sacerdote ante una gran lápida, diciendo:

—Aquí está.

Pedro de Meillant leyó esta inscripción:

UNA ABANDONADA

No vió ningún nombre.

—¿Meditaba ya entonces Margarita el fraude?

El conde esperaba encontrar sobre la tumba el nombre de María Magdalena. Evidentemente era ella la que dormía el eterno sueño en aquel rincón, en donde las flores, cuidadas por una mano piadosa, cubrían la sepultura de la mártir ignorada.

Pedro se arrodilló, como Margarita tres meses antes, y oró.

Al levantarse, le dijo el cura:

—Ya lo sabéis todo. Por mi parte, siempre he creído que en el sacrificio de estas dos jóvenes tan bellas y tan virtuosas se escondía uno de esos dramas íntimos, cuyo secreto, de seguro, ni vos ni yo conoceremos nunca.

El conde no contestó al sacerdote; pero pensaba así, mientras una lágrima humedecía sus párpados:

—Yo lo conoceré, tal vez lo conozco ya.

Una hora después el joven estrechaba con efusión la mano del cura y subía al carruaje.

Sobre la chimenea del presbiterio había dejado un billete de mil francos, para cuidar las flores de la sepultura de la abandonada.

—No tiene nombre—dijo al sacerdote;—pero espero deciros algún día el que se ha de inscribir en la losa.

Diciendo después para sí:

—Que si no me engaño es uno de los más ilustres de Francia.

XXII

A polizonte, polizonte y medio.

En el instante en que el conde Pedro de Meillant se esforzaba para conocer lo que podía llamarse con razón el misterio de Maillepré, Roland Beroult preparaba el viaje para su nuevo destino.

Bruno, el antiguo ayuda de cámara del conde de Magny, y ahora de M. de Serigné, y, como todo buen ayuda de cámara, el confidente de su dueño, le adulaba diciéndole:

—Ya lo había predicho el señor conde. Más de veinte veces me lo había anunciado. «Este mozo será prefecto cuando quiera.»

Ya se ha cumplido la profecía. Esto es el principio...

Mr. de Serigné abandonó la calle de Jerusalem con una carga de documentos y de secretos que le hacían el hombre más temible de París, y él se envanecía por ello.

A las cinco de la tarde del mismo día en que Pedro de Meillant había almorzado con el cura de Chapelle-aux-Ifs, Roland Beroult entraba en su despacho del lujoso entresuelo que había alquilado en el boulevard Hausmann.

Tocó un timbre y se presentó Bruno.

—Vamos á partir, Bruno.

—Yo creía que estaríamos aún algunos días en París.

—Orden del ministro,

—¡Ah!

—Y si he de decir verdad, estoy muy satisfecho é impaciente por llegar á Bourges.

—Bourges no vale lo que París.

—Eso es según—dijo Roland con intención.

—¿Y qué tiene el señor prefecto para hallarse tan satisfecho? Yo, por mi parte, creo que no hay como París para hacer una fortuna completa.

—Te engañas. Se puede hacer fortuna también en otras partes y la mejor prueba es que precisamente por eso voy al departamento del Cher.

—¿Y el señor espera conseguirlo?

—Más que esperar: tengo la certidumbre.

—¿Y cómo tiene el señor la seguridad de hacer esa fortuna? ¿Acaso por un matrimonio?

—Lo has acertado, Bruno.

—¡Oh! El señor es demasiado joven para apelar á ese recurso, que solo se debe utilizar en un caso extremo.

—Se trata de dos millones, Bruno.

—Muy bien. Entónces no es la mujer, sino el dinero lo que desea el señor.

—Con el dinero se consigue todo—dijo cínicamente Roland.

Bruno no manifestó entusiasmo, contentándose con decir para sus adentros:

—¡Vaya un galopin! ¡Y cuántos de éstos hay en el mundo!

Después añadió en voz alta:

—¿El señor empieza ya á consolarsé?

—¿De qué?

—De la desaparición de aquella joven de que el señor me hablaba alguna vez, de la hija del coronel Souvray.

El rostro de Roland se demudó.

—Vaya—dijo—me nublais el día. He tomado sobre este particular mi resolución, y ya sabes que te he prohibido pronunciar ese nombre delante de mí.

Los ojos del ayuda de cámara brillaron con extraña expresión de malicia, pero en aquel instante volvía la espalda á su amo y este no lo podía ver.

—Si he hablado al señor de esa joven ha sido por su interés...

El agente del señor ha venido esta mañana

—¿Bordier?

—El mismo.

—¿Qué quería?

—No lo ha dicho; pero no creo engañarme...

—Quizá por algunos luisés. Si por casualidad vuelve ántes de marcharse...

—¡Que debo decirle!

—¡Que vaya al diablo!

—No debe ser eso lo que él desea... ¿No tiene el señor otra comisión que darle?

—Sí; que no tengo necesidad de él y que es inútil que se moleste... á menos de que hubiera noticias graves...

—Bien.

—Ese agente—dijo Roland colérico, no sirve para nada.—Cuando pienso que no supo encontrar la pista de esa joven...

Y sin embargo, continuó, está en alguna parte, á menos... que no haya muerto,

Después de decir esto, colgóse al brazo un sobretodo, se puso el sombrero y salió después de citar á Bruno para la estación.

Cuando este quedó solo, se arrellanó en un sillón, encendió un cigarro y se dijo:

—Parece que vamos á casarnos y con una heredera... la compadezco... Ya le ha caído que hacer con su marido...

Las meditaciones de Bruno fueron interrumpidas por un campanillazo.

El ayuda de cámara se levantó apresuradamente, puso el cigarro en un cenicero y fué á abrir la puerta.

—¿Calla, sois vos, Bordier?

--Sí, yo soy. ¿Y M. Serigné?

--Ha salido.

--¡Diablo! tenía que hablarle.

--Pues habreis de dejarlo para mejor ocasión.

—¿No hay medio de verle?

—Ninguno.

—Después de todo--dijo Bordier--si he venido, ha sido por interés suyo, más que por el mío.

--Si es cosa que yo puedo decirle... ¿es importante?

—Bastante.

—¿Urgente?

—Sí y no. ¿No va á volver?

—No.

—¿Y mañana?

—Mañana estaremos á algunas leguas de aquí.

—¿Vais á Bourges?

—¿Adónde queriais que fuéramos, que es-

tuviesemos mejor? Pero--añadió observando la contrariedad que revelaba el semblante de Pablo Bordier--¿qué traéis entre manos el jefe y tú, que siempre andais en conciliábulos? De seguro que no es asunto de política.

—No, la política no es mi especialidad.

—¿Pues qué es entonces?—iusinuó Bruno.

El agente no contestó.

—¿Es alguna historia de mujer?—prosiguió Bruno.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Acaso hay otra cosa en la vida? En tiempo del conde Magny he visto aquí bastante para saber á qué atenerme... Pero escuchad, yo he procurado siempre sacar mi partido...

—A fé mia—dijo el agente—no me hubiera extrañado esta tarde verme con dos ó tres monedas de veinte francos, que el jefe no hubiera vacilado en darme, porque la noticia los valía.

—¿Que noticia?

—La que le traía.

—Escribidle; yo le enviaré la carta.

—No me gusta hacer nada de valde.

—¿Cuánto deciais que os hacía falta?

—Tres luises.

—Puedo dároslos; el amo me los reembolsará.

—Andando—dijo Bordier—debeis estar al corriente...

—¿De qué?

—De su gran pasión por una joven que se llama Margarita Souvray, hija de un coronel.

—Me ha hablado mucho de ella—dijo Bruno, haciendo sonar el dinero que había sacado del bolsillo.

—La verdad es que está loco por esa mujer.

—¿A quién se lo decís?

—Y es increíble lo que ha hecho sufrir á esa desventurada... Figuraos que hace cinco ó seis semanas ella debía venir á buscarle á la prefectura.

—¿Para qué?

—No os hagais el inocente... No sé lo que le había dicho, con que clase de amenazas la había decidido, pero estaba convenido, ella consentía.

—¿Y faltó á su promesa?

—Justamente. ¡Que furioso se puso! Me hizo buscarla por todas partes, pero todo fué inútil.

—Hasta ahora—dijo Bruno—no veo la noticia que valga tres luises.

—Esperad. Anteayer fué un señor á la casa en donde habitaba la joven preguntandó por ella.

—¿Y no se lo han podido decir?

—Claro que no.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—Eso no vale los tres luises.

—Para vuestro amo sí. Cuando él sepa que no es el único que busca á la muchacha, va á estallar de furor.

Bruno movió la cabeza.

—Arreglémonos—dijo.—Treinta francos... y todavía el jefe se enfurecerá.

—Vengan—gimió el agente;—verdaderamente empieza á cansarme este oficio.

En esto dieron las seis.

—¡Demonio!—dijo Bruno,—el tiempo vuela.

Dió treinta francos á Bordier y lo condujo á la puerta.

El agente se marchó descontento, furioso.

Si él hubiese sabido siquiera el nombre del desconocido de la calle de Douai, ¡qué pronto se habrían entendido!

En aquel momento, por desgracia de Bordier, Pedro de Meillant estaba lejos de París: entraba en Serigné, en un carruaje que tomó en Tours. ¿Qué fin le llevaba allí?

Del relato de Luisa Souvray había retenido el nombre del pordiosero Peschard, que vivía en los alrededores de la población.

El conde se encontró con él en el camino, reconociéndolo por las señas que le dieron en la posada.

—¿Os llamais Peschard?—le preguntó.

—Sí, señor, para serviros.

—¿Queréis que hablemos un instante?

—Con mucho gusto—dijo el viejo admirado.

El conde estuvo cerca de una hora en la casa del mendigo.

Al salir era presa de gran emoción, pero su semblaete estaba sereno.

Había dejado á Peschard una suma importante, que el mendigo aceptó, diciendo:

—Será para ella en caso necesario.

